

## Lenin, la revolución rusa y el taylorismo

Alejandro Andreassi Cieri

"... los nuevos métodos de trabajo son indisociables de un determinado modo de vivir, de pensar y de sentir la vida:

no se pueden obtener éxitos en un campo sin obtener resultados tangibles en el otro".

Antonio Gramsci

La implantación de métodos tayloristas por el gobierno bolchevique en una fase temprana de la revolución rusa nos exige una doble reflexión. Como esta tecnología de organización del trabajo experimentó un fuerte rechazo por el movimiento obrero de la época y posterior –solo basta evocar la huelga de las factorías Renault en 1913 como ejemplo del mismo—, nos obliga, por una parte, a preguntar por la neutralidad de la tecnología propuesta por Frederick W. Taylor respecto al modo de producción en el que se impuso. Si esa neutralidad estuviera ausente en la tecnología taylorista, a continuación debemos preguntarnos por las razones por las que un gobierno revolucionario que pretendía iniciar la transición del capitalismo al socialismo adoptó el taylorismo.

Una visión esquemática del marxismo afirma que la explotación en el capitalismo, la apropiación del excedente producido los trabajadores, se hace por medios económicos, a diferencia de los modos de producción precapitalistas en donde esa apropiación de los excedentes se produciría por medios extraeconómicos. Con ello se quiere significar que la explotación pre-capitalista es fruto de una

relación de poder, o sea una relación política, entre la clase expropiadora y la expropiada, donde la expropiación se haría al margen del funcionamiento de la economía, sería el producto de un acto de fuerza legalizado por el sistema jurídico vigente en esa sociedad precapitalista o simplemente un abuso al margen de la ley. En cambio, en el caso del capitalismo la explotación sería una consecuencia "natural" del funcionamiento de las leyes de su economía. Al no ser considerado como un acto resultado del poder que ejerce una clase sobre otra, se introduce la idea de que la apropiación de la plusvalía es resultado de la dinámica propia del proceso de producción, al margen de la voluntad de quienes intervienen en las relaciones de producción —patronos y asalariados— con lo cual esa concepción esquemática, sin advertirlo, "legitima" paradójicamente a la economía política del capitalismo.

Sin embargo, las relaciones de producción capitalistas exhiben un carácter político que se comprueba a partir del examen de la evolución de los diferentes métodos para disciplinar y someter la fuerza de trabajo. Esos métodos que se van desplegando históricamente son la objetivación del ejercicio de poder, de relaciones de fuerza y no solo de producción. Esa evolución no es necesariamente tecnológica sino producto de la lucha de clases: se pasa del control externo del proceso de trabajo, vigente en Europa durante el siglo XIX (multas por incumplimiento de horario laboral, rotura de máquinas o productos, reglamentos prohibiendo comportamientos diversos en el ámbito de trabajo, etc.) a los estímulos a intensificar la productividad sin suprimir del todo el conjunto de medidas represivas mediante la difusión del trabajo a destajo, culminando con la instauración del control interno del proceso de trabajo mediante la implantación del taylorismo y más tarde el fordismo.

El carácter político de estas relaciones de producción no es solo una percepción ex-post, sino que los propios impulsores lo reconocen y no de modo tácito. Frederick W. Taylor planteaba que sus propuestas metodológicas estaban dirigidas a aumentar la producti-

vidad del trabajo suprimiendo el "soldiering", o sea la capacidad de los trabajadores de controlar –al menos parcialmente– el proceso de trabajo y regular la producción contra los intereses de la dirección de la empresa. Con lo cual Taylor ofrecía al capital un modo de contrarrestar la resistencia a obrera al sometimiento total al empresariado, capacidad de resistencia que en parte venía determinada porque, herencia de la tradición artesanal, la producción, a fines del siglo XIX y comienzos del XX todavía dependía, incluso en la industria pesada, del *know how*, el conocimiento que formaba parte de la cultura material y simbólica que la clase obrera había ido acumulando a través del tiempo y transmitido mediante los mecanismo de autorregulación colectiva del aprendizaje y la formación artesanal, cultura obrera que le ha permitido negociar y enfrentar las imposiciones de la patronal a lo largo de muchos conflictos.

Son estas capacidades obreras las que ofrecían las condiciones de posibilidad de una futura democracia industrial. Es de lo que hablan autores como William Sewell en su análisis de la clase obrera francesa al entorno de las revoluciones de 1848, o David Montgomery en su análisis de la historia de la clase obrera norteamericana a caballo de los siglos XIX y XX.2 Esas capacidades obreras eran tan fundamentales en la lucha de clases que nos permiten decir que Taylor pretendía expropiar a los trabajadores de su capacidad de concebir y dominar el proceso productivo y transferir ese poder de concepción íntegramente a la dirección de la empresa. Se trata de la última fase de la separación del trabajador de los medios de producción. El fordismo con la cadena de montaje es ya la culminación final de ese proceso de apropiación del control total del proceso productivo por la dirección de la empresa y la destrucción final de las condiciones materiales de posibilidad de la democracia industrial, objetivo que se reactivará contra los movimientos revolucionarios que surgen en la primera década del siglo XX y que se intensificarán como consecuencia de la Primera Guerra Mundial y de la revolución rusa (consejismo, movimientos sindicales de base, IWW, anarcosindicalismo, etc.).

Taylor confesaba dos objetivos al diseñar su sistema y justificar su aplicación. El primero, conseguir la máxima prosperidad para el empresario y sus empleados, que entendía no solo como altos beneficios y salarios sino también como el logro de la máxima eficiencia en el proceso de trabajo, el máximo rendimiento, colocando a cada trabajador en el trabajo más adecuado a sus *habilidades naturales*, evitando el desperdicio del esfuerzo humano. El segundo objetivo consistía en que, una vez alcanzada la prosperidad compartida, esta asegurara la identidad de intereses entre patronos y trabajadores, eliminando de este modo la lucha de clases, y asegurando la armonía en las relaciones sociales capitalistas.<sup>3</sup> En realidad ambos objetivos perseguían conseguir una elevada productividad del trabajo humano, y la novedad consistía en que esta se conseguiría con métodos que escaparían, una vez asentados, al control y discrecionalidad de los propios trabajadores.

La obsesión de Taylor era acabar con el soldiering, la práctica consuetudinaria compartida colectivamente en fábricas y talleres por la cual los obreros autorregulaban de forma voluntaria y deliberada su esfuerzo y ritmo laboral, y que aquel denominaba como "restricción artificial y sistemática de la producción" con el fin de que el empresario no pudiera averiguar cuál era el "tiempo verdaderamente necesario (en cursiva en el original) con que podía cumplirse una determinada tarea o proceso de trabajo". 4 Por ejemplo, era habitual en la siderurgia norteamericana finisecular la vigencia de códigos de comportamiento laboral de los diferentes especialistas (fundidores, pudeladores, foguistas, laminadores, etc.) basados en la cantidad de hierro fundido y depurado mediante el pudelado en cada colada y tren de laminado, en lugar de utilizar el tiempo como sistema de medición del trabajo realizado. Este tipo de acuerdo, al que denominaban stint<sup>5</sup>, era adoptado colectivamente por los trabajadores en sus sindicatos, al margen de los patronos, y dependía de dos factores: el primero, el proceso de fundición era lo suficientemente variable a causa de la naturaleza del hierro dulce como para que la unidad para

medir el trabajo realizado más adecuada fuera el producto más que el tiempo empleado, y el segundo y decisivo, la completa dependencia de los patronos de la destreza física y mental que acompañaba al conocimiento técnico de estos obreros metalúrgicos, difícilmente sustituible por medios mecánicos que imitaran sus procedimientos.<sup>6</sup>

La práctica del soldiering no había desaparecido ni con el avance de la producción mecánica ni con las técnicas más sofisticadas o duras de trabajo a destajo, como era, por ejemplo, el denominado "sweating system" practicado tanto en las grandes potencias industriales como en los países que comenzaban su industrialización a finales del siglo XIX. Taylor atribuía su persistencia principalmente al temor de los obreros a la pérdida de sus empleos al aumentar la productividad en la empresa o a la reducción de los precios del destajo, toda vez que el empresario podía advertir cuál era el rendimiento potencial de sus trabajadores mediante la aceleración del ritmo de trabajo, así como a la utilización por los empresarios de métodos de ensayo-error, demasiado pragmáticos para organizar la producción, en lugar de métodos realmente científicos.7 Además era una práctica que se verificaba mediante el refuerzo de las conductas colectivas y por lo tanto reforzaba la cohesión del conjunto de los trabajadores ya que era necesaria la cooperación entre ellos para que el soldiering no pudiera ser reprimido como conducta aislada.

Con Taylor surge por primera vez una dimensión cualitativamente distinta a los intentos anteriores de subordinación real del trabajo al capital, y consiste en apuntar directamente al oficio como objetivo de su ataque, como fundamento concreto de ese soldiering que él considera el principal factor que impide la adecuada y definitiva subordinación de la fuerza de trabajo. Advertía que los obreros de oficio habían conseguido retener la concepción de los procesos de trabajo, y que esa unidad de concepción y ejecución, que permitía adivinar "the employers brain under the workman cap" (el cerebro empresario que existe bajo la gorra del obrero) como decía Bill Haywood, célebre miembro del IWW norteamericano, era un recurso

poderoso para mantener un espacio en el que su actividad escapara al control del empresario. El obrero había conservado de los antiguos oficios y de las prácticas artesanales el exclusivo conocimiento de las tareas en que se empleaba, capaz de reflexionar, modificar e innovar sobre los métodos y el objeto de su trabajo, lo que le otorgaba un último reducto de autonomía ante la generalización del trabajo asalariado.8 El obrero cualificado, heredero de los antiguos oficios adaptados a la industria moderna o resultado de las nuevas necesidades del desarrollo tecnológico había atravesado casi incólume la gran transformación de la manufactura impulsada por el despliegue capitalista. La dependencia de los empresarios de la capacidad de los obreros de oficio no había disminuido a pesar de los avances de la mecanización o de desarrollo de nuevas tecnologías. En algunos casos las innovaciones mecánicas destinadas a hacer prescindible el empleo de oficios complejos habían sido capitalizadas por los mismos trabajadores contra los cuales estaba destinada la innovación; como sucedía con los tipógrafos británicos frente a la introducción de la linotipia, que iba desde la anticipación a los intentos de los empresarios por introducir nuevas tecnologías aprovechando el intervalo entre el proyecto y su aplicación para renegociar nuevas escalas de salarios o calificaciones, apropiarse de las nuevas tecnologías o amenazar con la instalación de cooperativas de producción.9 En otros casos hasta las décadas finales del siglo la producción dependía de métodos artesanales o semi-artesanales como sucedía en la siderurgia y en los mismos EE.UU., donde David Montgomery muestra como la capacidad de control del proceso del trabajo se había mantenido en este ramo durante la década de 1870.10

Por eso consideraba absolutamente necesario separar las fases de concepción y ejecución, trasladando la primera a la dirección de la empresa, que transmitiría sus instrucciones a los trabajadores de planta, después de haber estudiado minuciosamente cada fase del proceso de producción descomponiéndola en las operaciones más elementales. Para Taylor esa decisión no era solo la solución felizmente hallada

para resolver el problema de la porción retenida por los obreros del control de la producción, sino un principio que él creía fundamentar en la propia constitución física e intelectual de los trabajadores, a los que considera incapaces de alcanzar la máxima eficiencia laboral, debido a "...una educación insuficiente o por falta de capacidad intelectual". En repetidas ocasiones y a lo largo de su obra principal, *Scientific Management*, repite esa convicción: ni siquiera los trabajadores más cualificados y experimentados son capaces de comprender los fundamentos científicos, las leyes que rigen las tareas que con mayor o menor destreza pueden realizar, ni tampoco las leyes de la economía política, que según él, gobiernan su actividad laboral.<sup>11</sup>

Está convencido de la existencia de una barrera natural que impide a la condición obrera penetrar los altos principios que rigen la actividad laboral humana, y por lo tanto justifica el papel de instrumento pasivo que adjudica en su proyecto a los trabajadores, así la posición que ocupan en la escala social: "... esto es posible porque el arte de cortar metales implica una verdadera ciencia, que lejos de ser de pequeña magnitud resulta, en definitiva, tan intrincada que es imposible para cualquier mecánico entrenado para manejar un torno año tras año, comprenderla o trabajar de acuerdo con sus leyes sin la ayuda de quienes han hecho de ello su especialidad".12 En ello no hay ninguna contradicción con el reconocimiento de que el obrero concebía y ejecutaba, ya que atribuía a esa función dual que habían retenido los trabajadores la causa de la ineficacia y baja productividad de un sistema económico que por otra parte se dotaba de recursos técnicos cada vez más avanzados. Al afirmar Taylor que el lugar social venía determinado, al menos en parte, por las características innatas del individuo, insinuaba concepciones que desarrollaría la sociobiología.

La totalidad del sistema propuesto por Taylor se inscribe en la lógica de la naturalización de los fenómenos sociales, propia de las preocupaciones finiseculares de los medios intelectuales y cultural-políticos dominantes, en la medida en que pretendía definir un patrón óptimo exclusivo de trabajo que, carente de historicidad y desvinculado de cualquier intencionalidad o práctica cultural o política previa, debía ser revelado por procedimientos que medirían la capacidad biológica del ser humano para responder a exigencias de rendimiento que coincidían con objetivos de alto rendimiento y productividad propios de una economía, como la capitalista, basada en el productivismo como principio rector. El naturalismo implícito en las tesis de Taylor se manifestaba a través del determinismo tecnológico, al subrayar que existiría una tendencia evolutiva de los medios técnicos independiente de la voluntad humana, agregando otro ingrediente a una perspectiva muy generalizada en la cultura social de la época, donde el avance global del capitalismo informaba al observador tanto de la "necesidad" de su realización como de que esa realización "obedecía" a un mandato de la naturaleza.<sup>13</sup>

Sus propuestas se rigen por el supuesto de que existe "the one best way to do work"14, una afirmación que delata la creencia en la existencia de principios y fuerzas metahistóricas y sobrehumanas que es posible descubrir y conocer, pero a las que es necesario someterse para lograr la máxima prosperidad y bienestar, y que se impondrá por el propio peso de su existencia real, incluso contra la opinión de la gente. 15 Utiliza muchas veces como ejemplo de la eficacia de su sistema el caso del obrero Schmidt, porque se trata de la tarea más sencilla "... la clase más simple de esfuerzo humano", para demostrar que existe una lógica más allá de la propia reflexión humana que gobierna sus actos. Su proyecto, consubstancial con los objetivos de subordinar y disciplinar la fuerza de trabajo de la empresa capitalista, es el de la abolición de las condiciones de libertad del ser humano al negar al trabajo, que se realice como actividad práxica autónoma y, por lo tanto, fuente del conocimiento y objetivación de la actividad intelectual. El taylorismo reduce a cada trabajador a la mera condición de observador de su propio comportamiento lo que lo convierte en un sujeto alienado.16 En consecuencia, Taylor realiza una doble operación, plantear que el conocimiento científico se impone al individuo, ya que reside en una realidad externa a la que debe subordinarse, en lugar de ser elaborado por éste, y que la capacidad de decodificarlo no es una condición universal, sino que está reservada a los que detentan las posiciones de poder, quienes, a su vez, ocupan esa posición dominante dentro de la sociedad como consecuencia de poseer esa capacidad exclusiva.

Se trataba, por lo tanto, de un sistema de ergonomía "invertida", o por lo menos unidireccional, donde el trabajador debía adaptarse a las exigencias de la tecnología y los materiales, desentrañadas y develadas por el nuevo aurúspice, el ingeniero y el Departamento de Planificación de la producción de cada empresa.<sup>17</sup> Estos eran los que estaban capacitados para entender unas leyes que gobernaban la eficiencia productiva, que estaban inscritas en la naturaleza de los procesos de producción y por lo tanto, gobernadas por la física, la química o la biología, ajenas a los marcos sociales e históricos. Su base epistemológica consistía en "descubrir" la forma correcta de realizar cada operación del proceso de trabajo, como si estas estuvieran inscritas de manera innata en los individuos y no fueran el resultado de una práctica social y cultural. En ningún momento se trataba de modificar las técnicas de trabajo mediante la aplicación de conocimientos procedentes de otras ciencias, sino que se trata de descubrir la "base natural" del trabajo que realizan los diferentes tipos de trabajadores. Por ello Taylor criticaba a priori cualquier aproximación teórica al problema a resolver, cualquier construcción intelectual porque para él existía una realidad unívoca, totalmente exterior al individuo y su práctica, por ello no existe reflexión sino paciente descubrimiento de la verdad que subyace más allá de una multitud de prácticas. Esta sería una de las consecuencias principales que deriva y deduce Taylor a partir de las necesidades y principios del Scientific Management, al que niega por ello mismo la condición de mera teoría, sino "... el resultado práctico de una larga evolución". 18

El método de Taylor no se limitaba a resolver cuestiones de organización y realización de la producción. Tenía como objetivo

declarado el de crear una nueva situación social donde la armonía entre empresarios y trabajadores sustituyera a la lucha de clases. A través de la intensificación de la productividad pretendía conseguir una situación de abundancia que hiciera innecesaria la disputa obrero-patronal para distribuir los productos del sistema económico, que debería continuar siendo capitalista, pero basado en una comunidad de producción en la que los técnicos, y especialmente los ingenieros, debían ser los árbitros inapelables en las relaciones entre patronos y empleados; capaz de producir un cambio de comportamiento tan significativo como para cambiar la estructura de las relaciones laborales, en un principio, y de mentalidades en su plena consumación:

"Es mediante un cambio completo en la actitud de ambas partes [patronos y trabajadores]; la sustitución de la guerra por la paz, la disputa y el conflicto por la cooperación fraterna; el impulso en la misma dirección en lugar hacerlo en direcciones opuestas, la confianza mutua en lugar del recelo; la amistad en lugar del antagonismo, es en esta línea en la que sostengo que la organización científica del trabajo debe desarrollarse [...] Ambas partes deben reconocer como esencial la sustitución de la opinión o juicio individuales, ya sea del trabajador o del patrono, por la investigación y el conocimiento científico en todos los aspectos relacionados con el trabajo hecho en el establecimiento ".19

La "ciencia" aparece y se desarrolla en Taylor en el acto de apropiación por los empresarios o los directores de empresa del saber construido de forma empírica y consuetudinaria por los obreros, tal como lo afirma al describir los cuatro pilares fundamentales del "scientific management". <sup>20</sup> Es un verdadero acto de construcción política, donde la transmutación del carácter del conocimiento se debe al ejercicio del poder y, lo que es más importante, depende del nivel jerárquico donde se sitúa el apropiador. Ni siquiera es el argumento del conocimiento apropiado el que define su carácter

científico o rudamente empírico, sino que como en un acto de taumaturgia el paso de los contenidos de la cabeza de los obreros a las de los "managers" los convierte en ciencia. Revela su creencia en la estratificación social de la inteligencia, en la existencia de una aristocracia, una elite natural, que por ello debe detentar el mando y el conocimiento. Y éste solo deviene verdadero cuando se encuentra en su poder ya que en realidad el conocimiento al volver a sus detentadores por "derecho natural", la elite dirigente, vuelve a ser el reflejo fiel de esa naturaleza, de esas leyes naturales que al margen de la voluntad o la inteligencia humana dictan: "the only good way to do" ["la única forma correcta de hacerlo"], con la ayuda imprescindible del vicario de esas mismas leyes: el ingeniero.<sup>21</sup>

## Taylor y Lenin

Hasta aquí esta síntesis de las tesis que planteadas por Frederick Winslow Taylor darán pie y fundamento a la denominada, y no por casualidad, Organización Científica del Trabajo (OCT). Ahora toca analizar porqué fueron adoptadas en un proceso revolucionario que tenía unas metas y objetivos absolutamente antagónicos con los que Taylor preconizaba, ya que como hemos visto el taylorismo fundamenta la sociedad clasista y se opone a la emancipación humana integral. El examen de las condiciones de implantación de métodos tayloristas a partir de 1918 por el gobierno bolchevique no puede limitarse al de las contradicciones ideológicas entre el proyecto revolucionario y la OCT. Por el contrario, esas contradicciones antagónicas deben examinarse a la luz de los contextos en el que se aplican esas medidas y las reflexiones y prácticas con las que se pretende, al menos, atenuarlas. Un contexto esencial es el constituido porque la lucha de clases no se detiene con la llegada del PCr(b)<sup>22</sup> al poder, sino que continúa en el curso del proceso revolucionario y por lo tanto es un marco fundamento en el que insertar la problemática relación entre taylorismo y revolución. También deben integrarse al análisis las concepciones vigentes en ese momento en el movimiento obrero en cuanto a las características que tendría la transición del capitalismo al socialismo, porque esas concepciones operaban en la toma de decisiones en relación dialéctica con la lucha de clases, no eran un simple reflejo de la misma.

En 1913 Lenin publica un artículo con un duro ataque a la metodología taylorista, explicando con claridad el fundamento novedoso del nuevo sistema de explotación:

"... ¿En qué consiste ese "sistema científico"? En exprimir al obrero hasta extraerle el triple de trabajo en una jornada de la misma duración que antes. Eligen al obrero más fuerte y hábil; un reloj especial registra —en segundos y fracciones de segundo— el tiempo que emplea en cada operación, en cada movimiento; se elaboran los métodos de trabajo más económicos eficientes, se reproduce el trabajo del mejor obrero en una película cinematográfica, etc. Y el resultado es que en las mismas nueve o diez horas de jornada se extrae del obrero el triple de trabajo, se agota despiadadamente sus fuerzas, se succiona con triplicada velocidad cada gota de energía nerviosa y muscular del esclavo asalariado ¿Quién morirá antes? ¡Hay muchos antes que están esperando en los portones! ..."23

Opinión que repetirá un año más tarde, ampliando el detalle técnico vinculado al aumento de los ritmos de trabajo conseguidos con la aplicación de dicha metodología:

"...; Qué logro en la productividad del trabajo! [...] pero el salario del obrero no aumenta cuatro veces, sino solo un 50 por ciento cuando mucho, y únicamente al principio. No bien los obreros se acostumbran al nuevo sistema, se les reduce el salario al nivel en que estaba antes. El capitalista obtiene enormes ganancias, pero el obrero trabaja con una intensidad cuatro veces mayor, desgastando sus nervios y sus músculos cuatro veces más rápidamente. Al obrero

recién contratado se lo conduce al cinematógrafo de la fábrica, donde se le muestra una ejecución "modelo" de su trabajo. Al cabo de una semana le muestran en el cinematógrafo su propio trabajo, y lo comparan con el "modelo". Todos estos colosales perfeccionamientos se introducen *en detrimento* del obrero, pues conducen a mayor opresión y explotación de éste, y con ello limitan la distribución racional y sensata del trabajo *dentro de la fábrica* [cursivas en el original]".<sup>24</sup>

Sin embargo, en 1918, después de la firma del Tratado de Brest-Litovsk Lenin consideraba que la frágil tregua conseguida a costa de una pérdida importante del territorio correspondiente a la fenecida Rusia imperial a favor del Kaiserreich, debía ser aprovechada por la joven República Soviética para avanzar en el sendero que conducía al socialismo y que, por lo tanto, la tarea inmediata debía ser la de superar la gravísima postración económica, social y moral que padecía la sociedad rusa como consecuencia de su participación en la guerra mundial. Para ello debían implementarse los medios que pudieran con la mayor velocidad posible superar esa situación de enormes carencias y comenzar a producir los bienes necesarios para ello, así como para reforzar la capacidad defensiva de la revolución y la de ayuda a los procesos revolucionarios que calculaba que se producirían, especialmente en Europa como salida de la Gran Guerra.<sup>25</sup> Lenin consideraba que, en esta revolución, como revolución socialista y a diferencia de las anteriores revoluciones burguesas, el proletariado, tanto urbano como rural, no solo debía llevar a cabo tareas negativas, el derribo de las estructuras de poder de la vieja sociedad y la liquidación de sus relaciones sociales, sino que tenía que cumplir un papel positivo, cuál era la construcción de las nuevas relaciones sociales y las nuevas estructuras económicas que abrirían el camino al socialismo. Lenin consideraba que el fundamento para la creación de una sociedad que debía sustituir y superar al capitalismo debía ser el de alcanzar una mayor productividad, y, por lo tanto, una organización del trabajo superior a la del capitalismo. Ello implicaba no solo aumentar la producción industrial y la extracción de materias primas, sino aumentar la formación de los trabajadores, así como garantizar la disciplina laboral que permitiera el aumento de la intensidad, así como de la organización del trabajo. En ese sentido, teniendo en cuenta la coyuntura que atravesaba la revolución, cambiaba, en parte, la opinión que le habían merecido hasta ese momento los métodos tayloristas, y los reivindicaba para la etapa que se abría, considerando que:

"Se debe poner a la orden del día la aplicación práctica y el ensayo de la remuneración por unidad de trabajo realizado el aprovechamiento de lo mucho que hay de científico y progresista en el sistema Taylor la observancia de las proporciones entre el salario y los resultados generales de la producción de artículos o de la explotación del transporte ferroviario, marítimo, fluvial, etc., etc. El ruso es un mal trabajador comparado con los de las naciones adelantadas. Y no podía ser de otro modo en el régimen zarista, dada la vitalidad de los restos del régimen de servidumbre. La tarea que el Poder soviético debe plantear con toda amplitud al pueblo es la de aprender a trabajar. La última palabra del capitalismo en este terreno -el sistema Taylor-, al igual que todos los progresos del capitalismo, reúne toda la refinada ferocidad de la explotación burguesa y varias conquistas científicas de sumo valor concernientes al estudio de los movimientos mecánicos durante el trabajo, la supresión de movimientos superfluos y torpes, la adopción de los métodos de trabajo más racionales, la implantación de los sistemas óptimos de contabilidad y control, etc. La República Soviética debe adquirir a toda costa las conquistas más valiosas de la ciencia y de la técnica en este dominio. La posibilidad de realizar el socialismo quedará precisamente determinada por el grado en que logremos combinar el Poder soviético y la forma soviética de administración con los últimos progresos del capitalismo. Hay que organizar en Rusia el estudio y la enseñanza del sistema Taylor, su experimentación y adaptación sistemáticas".26

Como he mencionado, el cambio en la postura de Lenin respecto al taylorismo, y por ende también en muchos bolcheviques, se debía a las condiciones en que se encontraba Rusia después del derrocamiento del Gobierno Provisional. La caída de la producción industrial por obsolescencia y deterioro del equipamiento, así como por la escasez de materias, la dislocación de los sistemas de transporte, el déficit alimentario y la desmoralización de la población tanto urbana como rural como consecuencia de la guerra, abocaban al país a una catástrofe humanitaria a corto plazo.<sup>27</sup> Pero además Lenin en su diagnóstico de situación señalaba que la escasa formación técnica de los obreros rusos podía mejorarse mediante el taylorismo. Comenzaba a considerarse que una mayor centralización, coordinación, y disciplina productiva eran claves para recuperar la economía y comenzar a componer las bases materiales del socialismo, el cual no se concebía posible en una situación de penuria. Conseguir a corto plazo satisfacer las necesidades primarias de la población (alimentación, vestimenta y vivienda) era para los bolcheviques la clave del éxito o el fracaso de la revolución.

La promoción del taylorismo como solución "científica" a la desorganización y baja eficiencia de la economía rusa era la respuesta a esas acuciantes demandas. Por lo tanto, la implantación de métodos tayloristas en la industria y los servicios formó parte del proceso de centralización y estatización de la economía en la convicción de que para dar adecuada respuesta al deterioro de las condiciones de vida de la población debido a la escasez de productos de primera necesidad y a la desorganización de la producción y los transportes causada por la guerra y agravados en el curso del mismo proceso revolucionario, el joven Estado proletario debía eliminar de la economía la previa anarquía capitalista, convirtiéndola en una máquina económica nacional, estrictamente coordinada y planificada, en la que cada sector de la misma y cada extensión local funcionara en sintonía y de forma sincronizada con el resto del aparato económico. Ese modelo estaba inspirado en parte por la organización de la

economía alemana durante la Gran Guerra donde el Estado había sido el gran coordinador y director de una maquinaria industrial que, sin perder su carácter privado, actuaba concentrada en grandes trust como una máquina perfectamente sincronizada que había permitido a Alemania sostener una guerra mundial durante cuatro años. La valoración positiva por Lenin del capitalismo de guerra alemán le hacía afirmar que en Alemania se había logrado culminar un aspecto del camino al socialismo, en forma de capitalismo monopolista de Estado, pero faltaba lo que la revolución rusa estaba logrando: la dictadura del proletariado, 28 como revela este paso:

"... la historia [...] ha ido tomando un curso tan peculiar, que en 1918 dio a luz dos mitades inconexas de socialismo que existían una al lado de la otra como dos futuros pollitos en el cascarón único del imperialismo internacional. En 1918 Alemania y Rusia son la encarnación evidente de la realización material de las condiciones económicas, productivas y socioeconómicas del socialismo, por un lado, y de las condiciones políticas, por el otro".<sup>29</sup>

En ese proyecto de centralización y productivismo el taylorismo encajaba perfectamente y tenía un rol esencial, que unía en sí las condiciones de disciplina laboral y unidad de mando que Lenin y otros miembros del partido reclamaban para recuperar en lo inmediato la eficiencia de la economía soviética. No obstante, estas características del taylorismo que lo hacían efectivo, los beneficios que se consideraba que aportarían no acababan ahí. Para quienes teorizaban, dentro del PCr(b), sobre las posibilidades que ofrecía el taylorismo al desintegrar cada proceso de trabajo en sus partes elementales, y dentro de él de la actividad de cada obrero hasta sistematizar las operaciones, negaban que fuera una fuente de alienación y, en cambio, planteaban que podía ser un instrumento de aprendizaje para todos los trabajadores de que los diferentes procesos de trabajo no eran más que la combinatoria de movimiento simples

comunes a diferentes actividades (por ejemplo, la maniobra de engrasar un eje de carro por un campesino era igual a la de engrasar un eje de locomotora para un obrero ferroviario) lo que no solo favorecía elevar su nivel de formación sino comprender la naturaleza de todo el proceso de trabajo. Era como si al desmenuzarlo y volver a componerlo se produjera un proceso de análisis-síntesis en el que cada trabajador "entendía y asimilaba" el conjunto de la actividad laboral, tanto en el sector de la producción como en el de los servicios. Pensaban que de esta manera se despojaba al obrero individual de su capacidad de concepción y control individual del proceso de trabajo para trasladar esa capacidad no a la dirección de la empresa, objetivo original de Taylor, sino al conjunto de trabajadores, mediante la entrega a cada trabajador de la visión de conjunto del trabajo, reducido a movimientos simples homologables a todas las actividades cuya diferencia radicaba en las diferentes combinaciones de esos movimientos -por ejemplo, mediante el cinematógrafo, como lo proponía Dziga Vertov30: ideal del taylorismo leniniano y soviético, un taylorismo del que se apropiarían las masas, ya que permitiría, en palabras de Vertov: "... mostrar al obrero metalúrgico lo que hace el campesino, al obrero ferroviario los gestos de un minero". 31 Ese proceso analítico que constituía la base del taylorismo era el que permitiría el intercambio de conocimientos entre diferentes tipos de trabajo y por lo tanto el aprendizaje masivo y el dominio de la técnica por el conjunto de obreros y campesinos, el fundamento, para Lenin, de una verdadera democracia industrial, más allá de la estructura de dirección y gestión que se estableciera. La apropiación del conocimiento técnico por la totalidad del proletariado era la condición de posibilidad de la democracia obrera. Para Lenin el sistema económico soviético debía ser concebido como una maquinaria inmensa, compleja pero unitaria, una totalidad, dirigida por la dictadura del proletariado. La gestión de esa enorme máquina exigía que el conjunto del proletariado aprendiera a dominar toda la tecnología legada por el capitalismo:

"El socialismo es inconcebible sin la gran técnica capitalista basada en los últimos descubrimientos de la ciencia moderna. Es inconcebible sin una organización estatal planificada, que someta a decenas de millones de personas al más estricto cumplimiento de una norma única en la producción y distribución de los productos. Nosotros, los marxistas, siempre hemos afirmado esto y no vale la pena gastar dos segundos en hablar de ello a personas que *ni siquiera* lo entienden (los anarquistas y una buena mitad de los eseristas de izquierda). El socialismo es inconcebible, además, sin la dominación del proletariado en el Estado; esto también es el abecé."<sup>32</sup>

El otro aspecto que destacaba Lenin, era que el aumento de productividad que significaba la aplicación de la metodología taylorista redundaría en una disminución generalizada del tiempo de trabajo socialmente necesario, permitiendo a los obreros y campesinos dedicar el tiempo ganado en la producción y los servicios a la gestión y administración de las estructuras estatales que ahora eran controladas por el proletariado —lo concretaba en la siguiente fórmula: "seis horas de trabajo físico por día para cada ciudadano adulto y cuatro horas de trabajo en la administración del Estado" (éste último era considerado por Lenin la genuina actividad política)" —lo cual implicaría la profundización de la democracia soviética. Señalaba que ello diferenciaba la taylorización soviética de la norteamericana, ya que en esta última el aumento de la productividad de la fuerza de trabajo servía para aumentar los beneficios de los empresarios pero no la reducción de la jornada laboral.

El inicio de la guerra civil va a incrementar la urgencia por reparar e impulsar un funcionamiento eficiente del aparato productivo, ahora doblemente exigido porque la que resultaría breve tregua para el gobierno revolucionario con el inicio de las negociaciones con Alemania que culminarían con la firma del Tratado de Brest-Litovsk había permitido concentrar los esfuerzos industriales en la producción civil, pero el inicio de la guerra civil exigía dirigir parte de este esfuerzo de nuevo hacia la producción bélica. Todos los estragos

sociales y económicos producidos por la participación rusa en la guerra se vieron multiplicados a partir de 1918 por la agresión de las fuerzas contrarrevolucionarias –los ejércitos blancos– apoyados por las potencias que acababan de triunfar en la guerra.

## Los comités obreros de empresa

Sin embargo, ese proceso de aumento de la productividad y centralización de la gestión económica va a entrar en severa contradicción con uno de los procesos revolucionarios más genuinos -junto con las ocupaciones de tierras por el campesinado y la constitución de los soviets-: la institución más o menos espontánea de los comités obreros de empresa desde el mismo momento de inicio de la revolución de febrero y que se había extendido a lo largo de 1917. Estos comités que se habían constituido en un primer momento para exigir la instauración de la jornada laboral de ocho horas y reclamar aumentos salariales, pronto se transformaron, ante la resistencia patronal, en organismos mediante los cuales los obreros intentaban dirigir y gestionar la actividad de las empresas respectivas, ya que si bien en la mayoría de los casos la actividad de los comités fue la de participar en la cogestión de las empresas junto a propietarios y directivos, aunque no faltaron los casos en que los comités de algunas empresas conseguían deshacerse de propietarios, cuadros directivos y técnicos. De acuerdo con una normativa aprobada por el Gobierno Provisional en abril de 1917, los comités podían ejercer la representación de los trabajadores a nivel de empresa y tenían capacidad para la negociación y fijación de salarios, condiciones de trabajo y para participar en decisiones sobre la contratación de empleados.34 Sin embargo, ni el Gobierno Provisional protegió las facultades reconocidas normativamente de los comités, ni los patronos aceptaron de buen grado lo que consideraban una "intromisión" en la potestad de propietarios y directivos en la gestión de las empresas –a lo sumo aceptaban la negociación salarial– la práctica del lock-out se transformó en una respuesta habitual de los patronos.<sup>35</sup>

Su actividad había recibido todo el apoyo de los bolcheviques durante 1917, ya que apreciaban la potencialidad revolucionaria de los mismos en la fase insurreccional, pero también la capacidad de colaborar en la administración de la economía productiva y de servicios una vez alcanzado el poder y establecido el Estado obrero, lo que Lenin registrará especialmente poco antes e inmediatamente después de la jornada del 7 de noviembre de 1917 en dos artículos: ¿Podrán los bolcheviques retener el poder? y Proyecto de reglamento sobre el control obrero.36 Su legalización el 29 de noviembre de 1917 será una de las primeras medidas del Sovnarkom (Consejo de Comisarios del Pueblo) presidido por Lenin. Este decreto, como había sucedido con la ocupación de la tierra llevada a cabo por el campesinado, no hacía más que legalizar unas intervenciones obreras ya consumadas en numerosas empresas. Pero esta legalización no conducirá a su afianzamiento y consolidación. Varios factores contribuyeron al debilitamiento y posterior desaparición de los comités obreros de empresa. Uno de ellos es el ya mencionado, la necesidad de aumento de la productividad, que se consideró inseparable de la reintroducción de la jerarquización de la gestión de las empresas que conllevó el debilitamiento concomitante de su gestión democrática, en todo caso se relegó a los comités a una función de control de la misma -que sin poder tomar decisiones ni en los objetivos ni en los procesos de producción se limitaba a supervisar si los objetivos de producción y los contables establecidos por la dirección de la empresa se cumplían- que fue diluyendo su fuerza con el paso del tiempo. A todo ello contribuyó decididamente la implantación de los métodos tayloristas que primaban la opinión y decisiones adoptadas por los técnicos y directivos, a las que debía someterse el conjunto de trabajadores. Además, surgió otro frente de oposición a los comités, en este caso de los sindicatos, quienes no solo recelaban de que los

comités suplantaran sus funciones, sino que exigían que quedaran subordinados a la organización sindical. Por ejemplo, en el Primer Congreso Panruso de Obreros Textiles en Moscú (15-21/1/1918) se aprobó una resolución que establecía que "el control obrero es solo una medida de transición hacia la organización planificada de la producción y de la distribución", mientras anunciaba en sus estatutos que "la célula más pequeña del sindicato es el Comité de fábrica, cuya misión consiste en aplicar, en cada empresa, todas las decisiones del sindicato".37 Los sindicatos apoyaban de este modo al modelo de reorganización de la producción impulsado por el gobierno revolucionario, con eje en el taylorismo y la disciplina laboral estricta, al reivindicar la función de centralizar y coordinar la actividad económica en sus ramos respectivos a escala local, regional y nacional, así como transformar a los comités obreros de fábrica en delegaciones de los mismos ubicadas en las empresas, que cumplirían una función subalterna.

Gramsci, entre 1919 y 9120, desde las páginas de Ordine Nuovo, analizaba y definía las características y tareas de los sindicatos y de los consejos obreros de fábrica. Consideraba que los primeros eran instrumentos del movimiento obrero que actuaban dentro de la legalidad capitalista para defender los derechos de los trabajadores y mejorar las condiciones laborales ya que su función era la de mejorar el valor de la fuerza de trabajo en el mercado, y que para ello en lugar de desafiar esa legalidad la asumían y tendían a perpetuarla para sostener la valorización de la fuerza de trabajo, que podía aumentar así su valor, pero no dejar de ser mercancía. Mediante los sindicatos los obreros "... se han convertido en comerciantes de su única propiedad, de su fuerza de trabajo y de su inteligencia profesional [...] han creado ese enorme aparato de concentración de carne de fatiga, han impuesto precios y horarios y han organizado el mercado".38 Para cumplir esa función los sindicatos debían ser capaces de concentrar la mayor masa posible de obreros, que es la base de la capacidad negociadora de las direcciones sindicales en la puja con los

empresarios en el mercado de trabajo, lo que implicaba su necesaria burocratización y alejamiento de las bases obreras que constituyen su substancia. Su función revolucionaria solo podría consistir en facilitar la preparación de los trabajadores para que, como miembros de los consejos, pudieran conseguir abolir con éxito la legalidad capitalista, o sea que de algún modo el sindicato enfrentado con una coyuntura revolucionaria debía negarse a sí mismo para favorecer el triunfo de aquella. En cambio, los consejos constituían los instrumentos rupturistas cuya función era la de destruir la legalidad capitalista e instaurar la nueva legalidad revolucionaria. Eran las "células primordiales" y "modelos" de la dictadura del proletariado. La consolidación de los consejos, como manifestación de democracia directa en el seno de las empresas, autogestión obrera, significaría el inicio del camino hacia la consumación de la revolución socialista. Los consejos obreros, en los que los comunistas debían actuar conscientemente transformando los impulsos de rebeldía que constituían su característica primordial en "conciencia y creación revolucionaria", eran los que tendían desde su espontaneidad a desencadenar y protagonizar la lucha de clases, mientras los sindicatos, "por su forma burocrática" tendían a impedir su desencadenamiento. Por ello, Gramsci consideraba que relaciones entre sindicatos y consejos debían de igualdad y reciprocidad, nunca jerárquicas.39 Afirmaba que:

"... ni el partido ni el sindicato deben ser colocados como tutores ni como superestructuras ya constituidas de esta nueva institución [el consejo de fábrica], en la que toma forma histórica controlable el proceso histórico de la revolución; sino que deben ser instalados como agentes conscientes de su liberación por las fuerzas de presión que se resumen en el Estado burgués". 40

Volvamos por lo tanto a la introducción de los métodos tayloristas. Tal como hemos visto hasta ahora un factor determinante en la adopción de los mismos fue la necesidad imperiosa de aumentar la productividad industrial, así como la eficiencia de los servicios, especialmente los transportes, en una situación de extrema emergencia producto de la guerra mundial, a la que se agregaría la producida por la guerra civil. Respecto a ésta última, todos los autores están de acuerdo en la importancia de su impacto en el condicionamiento del programa revolucionario, incluso aquellos autores más críticos con la política seguida por los bolcheviques.<sup>41</sup> A su vez su implantación formó parte de un ámbito mayor cual fue el de la nacionalización de parte del aparato industrial, la concentración y coordinación industrial bajo control estatal, así como de los primeros intentos de planificación de la economía, por lo tanto, de aquello que Lenin definió como capitalismo de Estado, donde más que la estricta nacionalización de los recursos industriales lo que interesaba era asegurar el control del nuevo Estado obrero sobre el sistema industrial, coordinando, planificando y dirigiendo su funcionamiento incluso sin expropiación de instalaciones y equipos (se llegó incluso a estudiar la asociación del Estado soviético con empresarios privados, que no prosperó por la resistencia a su implementación dentro del PCr(b) protagonizada por el ala izquierda, denominada "comunistas de izquierda", liderada a la sazón por Bujarin y Radek).42

Si bien la noción de "capitalismo de Estado" nace antes de 1914 en la obra de Kautski y Hilferding señalando el papel fundamental del Estado en la fase del capitalismo monopolista, para Lenin adquiere en su vertiente económica una completa identificación con la experiencia alemana durante la Gran Guerra en la que el Estado imperial coordina, supervisa, orienta e impulsa una organización planificada de la producción industrial con finalidad bélica, sin suprimir la propiedad privada de los medios de producción.

Especialmente para Lenin, y sus planteamientos se van a imponer sobre el resto del partido, la naturaleza del capitalismo de Estado difería no tanto en las características de las relaciones de propiedad sino en cuál era la clase que fiscalizaba y controlaba el

funcionamiento del aparato económico. 43 Según este planteo en el capitalismo de Estado soviético quien ejercía el control era la clase obrera a través del Estado proletario, mientras que, en su variante alemana —la establecida durante 1914-18—, era la clase capitalista e imperialista representada por el *Kaiserreich*. Por lo tanto, si la dirección política del proceso económico estaba asegurada a favor de la clase explotada, devenida ahora clase dominante, no existía ningún problema para que, en una primera fase de desarrollo de la sociedad revolucionaria, se alcanzara un desarrollo de la economía que aportara las bases materiales para la construcción del socialismo utilizando la clase revolucionaria, a través del Estado soviético, el aparato y la tecnología provista por el desarrollo capitalista previo.

Esta concepción implicaba una cierta concepción de la neutralidad de la tecnología, ya que Lenin preconizaba que las formas y técnicas de producción y de trabajo en general más avanzadas creadas por el capitalismo debían ser apropiadas por el proletariado y puestas al servicio del aumento de la productividad, cuyos resultados, ahora distribuidos equitativamente a todos los miembros de la sociedad soviética, allanaba el camino a la fase siguiente: la construcción del socialismo. En este sentido pueden intuirse algunas "pistas" que conducen a las fuentes ideológicas de las que procedían algunos elementos que continuaron vigentes en el registro de un movimiento revolucionario como el bolchevique para que asumiera como no contradictorio utilizar para alcanzar la emancipación de las clases explotadas una metodología de organización del trabajo diseñada exclusivamente para aumentar la eficiencia de la explotación de la fuerza de trabajo y la naturaleza alienada del trabajo bajo el capitalismo. Esas "pistas" nos conducen hacia la cultura política de la socialdemocracia de la IIª Internacional que concebía la transición del capitalismo al socialismo como un proceso evolutivo dirigido por el desarrollo de las fuerzas productivas impulsado por el propio capitalismo -por lo tanto por los avances de la tecnología- que se manifestaba en la concentración del capital industrial en empresas de

escala creciente, una tendencia oligopólica que se acompañaba de la incorporación también creciente de nuevos miembros al proletariado hasta un punto en el que se producirían las condiciones objetivas para que la clase obrera, en ese momento abrumadoramente mayoritaria frente a una minoría de grandes capitalistas pudiera efectuar, bajo la dirección del partido socialdemócrata, la expropiaciones de los expropiadores transformando la propiedad privada en propiedad social gestionando, a partir de ese momento en beneficio de toda la sociedad y no solo de una clase, la estructura productiva desarrollada por el capitalismo. Esta tesis, desarrollada a partir de la segunda revolución industrial —en el período final del siglo XIX— con la formación de un capitalismo oligopólico, producto de la acelerada concentración del capital —el capital organizado, denominado así por Kautsky y Hilferding, implicaba lo siguiente:

El desarrollo de cárteles y trust había superado la anarquía típica del primer capitalismo organizando la producción de forma centralizada. Si bien la naturaleza explotadora del capitalismo continuaba, la polarización social que la concentración del capital provocaba, con una producción totalmente socializada y una apropiación privada de la misma por una ínfima minoría de capitalistas, paradójicamente el antagonismo social se manifestaba en la esfera de la distribución. Quien llevó esta concepción a su extremo lógico fue Rudolf Hilferding, quien en este paso de Finanz Kapital afirmaba lo siguiente respecto al funcionamiento del capitalismo monopólico en su fase culminante: "La ilusión del valor objetivo de la mercancía desaparecería junto con la anarquía de la producción, y el dinero mismo dejaría de existir. El cártel distribuiría el producto. Los elementos materiales de producción serían reproducidos y usados en nueva producción. Una parte de la producción se distribuiría entre la clase trabajadora y los intelectuales, mientras que el resto sería retenido por el cártel para usarlo como lo considere oportuno. Esta sería una sociedad conscientemente regulada, pero en una forma antagónica. Este antagonismo, sin embargo, se referiría a la distribución, que a su vez estaría conscientemente regulada y, por lo tanto, capaz de prescindir del dinero".<sup>44</sup>

Al mismo tiempo esa fase monopolista del capital facilitaba el paso de la sociedad del capitalismo a la del socialismo porque dadas las condiciones de extrema polarización de las relaciones de propiedad bastaría con sustituir la apropiación de privada del producto social por la apropiación colectiva del mismo.

El reconocimiento del papel del capitalismo en el desarrollo de las fuerzas productivas no fue acompañado de un análisis crítico de ese desarrollo, ni en términos de impacto sobre las relaciones de producción y los fenómenos de alienación concomitante ni tampoco como impacto sobre la naturaleza y posibles alteraciones del equilibrio ecológico. Lo que legitimaba y "naturalizaba" ese desarrollo productivo legado por el capitalismo era justamente su enorme capacidad de generación de riquezas, muy superior a cualquier otra forma económica previa. En eso consistía el economicismo de la IIª Internacional.

De acuerdo con esta reflexión sobre antecedentes ideológicos algunos autores consideran que los bolcheviques en general, y Lenin en particular, continuaron vinculados a esta perspectiva legada por la Segunda Internacional prácticamente hasta los primeros años de la revolución. <sup>45</sup> Justamente las reflexiones de Lenin sobre el capitalismo de Estado recogen, al menos en parte ese economicismo, en cuanto a la neutralidad de la tecnología procedente del capitalismo.

Charles Bettelheim considera que pueden distinguirse dos variantes distintas en la práctica del capitalismo de Estado, que se sintetizaba en la fórmula "capitalismo de Estado bajo la dictadura del proletariado". La primera que se aplicaría desde octubre de 1917 a marzo de 1918 —o sea hasta la firma del Tratado de Brest-Litovsk—estaría caracterizada por priorizar la organización y reglamentación estatal de la industria, con expropiaciones selectivas, cuando los co-

mités obreros de determinadas empresas lo habían propuesto o como medida para vencer la resistencia de determinados empresarios a las disposiciones del gobierno revolucionario. Es la fase en la que también se dirime el papel y existencia definitiva de los comités obreros de empresa tal como se ha visto más arriba. La segunda variante es la que se practicará inmediatamente después de Brest-Litovsk, y que consistirá en expropiación a gran escala de las empresas, pero manteniendo las relaciones jerárquicas propias de la organización capitalista de las mismas, así como el reclutamiento de ex-empresarios y de técnicos burgueses para dirigir esas empresas estatizadas.

Por supuesto que la institución de la NEP, a partir de 1921, constituirá la que podríamos denominar como tercera variante de dicho capitalismo de Estado ya que se agregaban otros tipos de relaciones del Estado soviético con el capital privado, tanto en la concesión de empresas o alquiler de establecimientos industriales, comerciales o mineros a empresarios capitalistas. La constitución del Consejo Superior de Economía Nacional (Vesenja) en diciembre de 1917 objetivó ese control y centralización de la industria, que consideraban imprescindible para superar el marasmo económico y la penuria extrema que padecía la población. Su constitución significó de alguna forma la subsunción del control obrero, que se había comenzado a practicar desde febrero de 1917, a una autoridad centralizadora y planificadora de alcance nacional. El Vesenja venía a sustituir al Consejo Económico del Gobierno Provisional y al Comité Económico Superior, instituido durante la guerra.

Es justamente en el momento en que Lenin formula y defiende su concepción del capitalismo de Estado y las razones de aplicar esa variante a la coyuntura en que se encuentra el proceso revolucionario, que también y de manera inextricable con el mismo, plantea la necesidad de reorganizar la producción industrial y de servicios mediante la aplicación del taylorismo. Si el capitalismo de Estado es la solución política necesaria a la concreta coyuntura, el taylorismo es el núcleo que valida la tesis de que la dictadura del proletariado debe

apropiarse de la tecnología más avanzada producida por el capitalismo para lograr el desarrollo de las fuerzas productivas que permita el avance posterior al socialismo. En su intervención en el presídium del *Vesenja*, del 1 de abril de 1918, proponía que:

"El decreto debe referirse en forma concreta al sistema Taylor; en otras palabras, es necesario utilizar todos los métodos científicos de trabajo que promueve este sistema. Sin él, es imposible elevar la productividad y sin esto no implantaremos el socialismo".<sup>47</sup>

Y así mismo un mes después publica Lenin Las tareas inmediatas del poder soviético donde señalaba al taylorismo como el núcleo de la recuperación y aumento de la eficiencia y productividad de la economía soviética, con la certeza de que se trataba de un método científico, que aplicado en el mundo capitalista había contribuido a la hiper-explotación de la fuerza de trabajo, pero que aplicado por el nuevo poder soviético permitiría el aprendizaje de las tecnologías más avanzadas así como la reducción del tiempo de trabajo necesario de los trabajadores, con lo que ganaban tiempo para dedicarse a las actividades de administración del Estado, y por lo tanto al ejercicio del poder democrático,

"El famoso sistema Taylor, por ejemplo, muy difundido en Norteamérica, es célebre porque constituye la última palabra de la más desenfrenada explotación capitalista. Es natural, entonces, que ese sistema haya provocado tanto odio e indignación entre las masas obreras. Pero al mismo tiempo, no se debe olvidar un solo instante que el sistema Taylor implica un enorme progreso de la ciencia, que analizó sistemáticamente el proceso de producción y abre el camino para un gran ascenso de la productividad del trabajo humano [...] La República Socialista Soviética enfrenta una tarea que puede ser formulada en pocas palabras del siguiente modo: debemos implantar en toda Rusia el sistema Taylor y la elevación científica de la productividad del trabajo lograda por los norteamericanos,

conjugando este sistema con la reducción del tiempo de trabajo [...] la aplicación de! sistema Taylor, correctamente dirigida por los propios trabajadores si éstos son lo bastante conscientes, será la mejor garantía para que en el futuro se pueda reducir enormemente la jornada laboral obligatoria de toda la población trabajadora, será la mejor garantía para que en un período bastante breve realicemos el objetivo que se puede expresar aproximadamente de la siguiente manera: seis horas diarias de trabajo físico para cada ciudadano adulto y cuatro horas de trabajo para la administración del Estado". 48

Es el texto que luego aprobará el *Vesenja*, en forma resumida como las "Seis Tesis sobre las Tareas Inmediatas del Poder Soviético", repitiendo en los mismos términos la importancia del taylorismo,

"Se plantean especialmente las medidas destinadas a elevar la disciplina del trabajo y la productividad del trabajo. Hay que intensificar todos los esfuerzos para que los pasos ya iniciados en este sentido, en particular por los sindicatos obreros, sean apoyados, reafirmados v reforzados. Entre ellas figuran, por ejemplo, la introducción del pago a destajo, la aplicación de lo mucho que tiene de científico y progresista el sistema Taylor".<sup>49</sup>

Y como también lo planteará en mayo de 1918 en su texto Infantilismo "de izquierda" y la mentalidad pequeñoburguesa en su respuesta a Bujarin y a quienes desde el ala izquierda cuestionaban la pertinencia de un alto en la ofensiva revolucionaria, para poder superar con éxito los obstáculos que la desorganización de la economía y las enormes penurias padecidas por la población y evitar poner en peligro al Estado soviético.

La etapa del "comunismo de guerra" precipitada por el comienzo de la guerra civil, a partir de mediados del verano de 1918, agudizó la necesidad de intensificar la coordinación y productividad de los recursos industriales y de transportes. Justamente fue este último

sector el pionero en la aplicación de métodos tayloristas. Los motivos que se adujeron eran de carácter técnico-logísticos y políticos. Entre los primeros la necesidad de restaurar el tráfico ferroviario para proveer de alimentos a las ciudades, de insumos a la industria y para los desplazamientos del Ejército Rojo en su lucha contra los ejércitos blancos (recordar que Trotski utilizaba un tren blindado como sede de su Estado mayor, lo que refleja el carácter necesariamente muy dinámico de las campañas durante la guerra civil). Los factores políticos tenían que ver con que los sindicatos ferroviarios estaban controlados por los mencheviques y los socialistas revolucionarios y coordinados en el Vikjel (Comité Pan-ruso de obreros ferroviarios), constituidos por obreros cualificados y técnicos, y que gozaban de una gran autonomía que les permitía una cierta discrecionalidad en la administración obrera del tráfico ferroviario, que creaba cuellos de botella en el mismo. Enfrentados a los bolcheviques desde el día siguiente a la revolución de Octubre cuestionaron la composición del Sovnarkom exigiendo que participaran del mismo otros partidos revolucionarios, y amenazando con cortar los suministros a Petrogrado si el gobierno revolucionario aplicaba medidas represivas contra el sindicato. Amenazando con una huelga general si no se aceptaban sus demandas, los bolcheviques no tuvieron más remedio que entablar negociaciones con el Vikjel, llegándose a un acuerdo por el cual se incluían tres eseritas de izquierda en el Sovnarkom y se designaba para ocupar el puesto vacante de Comisario del Pueblo para las Comunicaciones a un antiguo miembro del comité sindical.<sup>50</sup> Se temía que por parte de ellos se produjeran acciones hostiles contra el Estado soviético. Sin embargo, los acuerdos no redundaron en una mejora de la eficiencia del servicio ferroviario.

Para Lenin se trataba de afrontar el desafío que planteaba un sector de la clase obrera que encajaba perfectamente en su definición de "aristocracia obrera", que aprovechando su control tecnológico del servicio ferroviario actuaba como un factor insolidario con el resto de los trabajadores. Además, en función de concebir el sistema

industrial soviético como una gigantesca maquinaria dispersa por el territorio, la coordinación de los diversos engranajes de la misma no podía ser solo administrativa sino también material. El ferrocarril debía constituir el sistema circulatorio de ese órgano productivo, y por lo tanto los objetivos de eficiencia, coordinación y precisión eran imperativos. Por ello se planteó desde el Sovnarkom comenzar con los servicios ferroviarios la implantación de la disciplina taylorista. Previo a ello el Sovnarkom aprobó el 26 de marzo de 1918 un decreto por el cual se dotaba de "poderes dictatoriales en cuestiones referentes al transporte ferroviario" al Comisariado del Pueblo para las Comunicaciones. Este decreto no será aceptado por todos los miembros del PCr(b). El ala izquierda, liderada por Bujarin, se opondrá aduciendo que la introducción de una dirección unipersonal, sumadas a la implementación del taylorismo y el salario a destajo liquidarían la iniciativa obrera en la gestión de la actividad económica, pero tampoco ofrecerán una alternativa que salvando los principios permitiera normalizar los servicios ferroviarios. Esa postura será respondida por Lenin, en la reunión del Comité Ejecutivo Central de los Soviets de toda Rusia del 29 de abril de 1918:

"... los camaradas Bujarin y Mártov galopan montados en un mismo caballito –el decreto ferroviario y lo llevan a la muerte. Hablan sobre la dictadura de Napoleón III y de Julio César, etc., dando material para cien números que nadie leerá. Eso está ya algo más cerca de la cuestión. Se refiere los obreros y a los ferrocarriles. Y sin ferrocarriles, no solo no habrá socialismo, sino que sencillamente moriremos todos de hambre como perros, mientras los cereales están allí, muy cerca. Todos lo saben perfectamente. ¿Por qué no dieron ustedes una respuesta? Cierran los ojos. Arrojan arena a los ojos de los obreros –los de "Nóvaia Zhizn" y los mencheviques, conscientemente; el camarada Bujarin, por error—; ocultan a los obreros el problema principal cuando hablan de la construcción. ¿Qué se puede construir sin ferrocarriles? Y cuando veo a un comerciante, en un encuentro

casual o en una delegación, y me dice que en un ferrocarril determinado se observan mejoras, ese elogio es para mí, un millón de veces más valioso que veinte resoluciones de comunistas o de cualquier otro y que toda clase de discursos. Cuando las personas prácticas –ingenieros, comerciantes, etc.– afirman que, si este gobierno consigue, por poco que sea, organizar los ferrocarriles, ellos reconocerán que esto es un gobierno, esa opinión sobre el gobierno es lo más importante. Pues los ferrocarriles son la clave, una de las manifestaciones más vivas del vínculo entre la ciudad y el campo, entre la industria y la agricultura, sobre el cual se basa íntegramente el socialismo. Para que este vínculo sirva a una actividad planificada en beneficio de toda la población hacen falta ferrocarriles". <sup>51</sup>

Una réplica encuadrada en el debate sobre el capitalismo de Estado donde Lenin vuelve a sostener su necesidad como fase imprescindible en el camino al socialismo, pero también en los peligros reales e inminentes que acechaban a la revolución, especialmente para un país atrasado como Rusia y a la espera de que estallara la revolución en Occidente. Ello revela que, para Lenin, el concepto capitalismo de Estado incluía no solo la participación de técnicos y empresarios burgueses sino disciplina laboral y por ende la necesidad de introducir los métodos tayloristas. Sin embargo, cabe reconocer que Lenin defendió el principio de la democracia obrera y campesina, incluso en los giros tácticos a que obligaba la coyuntura de penuria brutal al gobierno revolucionario y a todo el sistema soviético, como hemos visto en su reconsideración del taylorismo paralela a la del capitalismo de Estado, cuyo carácter de clase cambiaba si se practicaba cuando el dominio de clase o ejercía o cuando lo ejercía el proletariado. La condición de posibilidad de la intervención generalizada de obreros y campesinos en la administración y gestión del Estado -la materialización de la dictadura del proletariado- que ofrecía el taylorismo al permitir con su fabuloso aumento de productividad, reducir el tiempo de trabajo en la producción,

son prueba de las razones de Lenin para aceptar lo que unos años antes había rechazado con contundencia y con argumentos.

Pero el enfoque que ofrecía Lenin no estaba exento de problemas. Linhart señala que el objetivo que proponía Lenin de reducir, mediante la aplicación del taylorismo a la producción y los servicios, el tiempo de trabajo necesario para la reproducción social y obtener para la clase obrera el tiempo disponible para ejercer el control democrático sobre las estructuras de Estado se veía obstaculizado: 52 en lo inmediato por las exigencias brutales de una situación desesperada: hambre más agresión de los ejércitos blancos y extranjeros lo que conducía a una situación de desorganización de la producción y el intercambio de recursos entre la ciudad y el campo. Ello exigía centralización y coordinación de la producción y transporte con la aplicación de una estricta disciplina productiva ante una falta de obreros cualificados (absorbidos por el Ejército Rojo o la gestión de la administración soviética) y la llegada a la fábrica de un nuevo proletariado formado por campesinos desplazados y miembros de las antiguas clases propietarias obligados ahora al trabajo asalariado. Además muchos de estos obreros de reciente pasado campesino durante los períodos de amenaza de hambruna abandonaban las ciudades y volvían a sus comunas y aldeas para sobrevivir como campesinos.<sup>53</sup> Para esa disciplina productiva el taylorismo resultaba apropiado por su capacidad de disciplinar y estandarizar los procesos de trabajo, de tal modo que quien se incorporaba a la producción fabril o a los servicios (ferrocarriles, energía, etc.) no necesitaba ninguna destreza ni conocimiento previo, solo un breve entrenamiento para repetir como casi autómata movimientos diseñados en la dirección de la empresa o del ramo de producción o servicios. Por lo tanto, mientras las carencias fueran tan extremas era imposible reducir la duración del trabajo.

Si bien se planteaba su aplicación como la respuesta necesaria para superar una situación excepcional, a medio y largo plazo, el taylorismo es un método que anula la capacidad creativa del trabajador al separar estrictamente los procesos de concepción y ejecución del trabajo, por lo que en lugar de "liberar" a los trabajadores de la alienación propia del capitalismo la profundizaba y prolongaba, y por lo tanto incluso superada la etapa del comunismo de guerra con sus perentorias exigencias de supervivencia, parece difícil que se pasara de una situación heterónoma "científica" a una situación de autonomía obrera, no solo en la gestión de la instituciones de Estado sino también en el ámbito del trabajo, con lo que se ponía en peligro no solo el control obrero sino también la tan ansiada democracia industrial.

A estos aspectos señalados por Linhart habría que agregar los registrados por otros autores que han estudiado el debate sobre el taylorismo en el seno del PCr(b). En este caso los estudios revelan que algunos críticos de la aplicación de los métodos tayloristas, como Bogdanov, denunciaban que en lugar de aumentar los niveles de capacitación de la clase obrera ahondaría la separación entre trabajadores cualificados y no cualificados y fomentaría la formación de una nueva aristocracia obrera.<sup>54</sup>

El problema de la descualificación de los trabajadores sometidos al taylorismo es señalado con claridad por Harry Braverman y constituye uno de los problemas centrales de su aplicación porque trasforma al trabajador en un obrero unidimensional.<sup>55</sup> En lugar de la utilización de herramientas polivalentes por obreros diestros y creativos, se genera un trabajador monovalente ultra-especializado y heterónomo, transformado en autómata, como lo denunciaba el secretario de los metalúrgicos franceses en 1913, Alphonse Merrheim.<sup>56</sup>

A su vez Gramsci considera el taylorismo como una propuesta de aún mayor alcance y trascendencia. En su cuaderno 22 repasa el significado del mismo (englobado en el concepto de americanismo) y afirma que su aplicación propone y plantea una verdadera modificación antropológica, señalada por el propio Taylor cuando habla de la transformación del obrero en "gorila amaestrado". Para Gramsci este significado que puede equipararse al de una forma de revolución pasiva, revela la pertinencia de considerar que los principios del

taylorismo, su propia metodología y desarrollo revelan que su meta es la realización de una nueva concepción no solo del trabajo sino del trabajador, por lo tanto, de su filosofía.<sup>57</sup> Dice que justamente al americanismo se le puede aplicar la fórmula "filosofía que no se enuncia en fórmulas, sino que se afirma en la acción". La definición de Gramsci es sumamente aguda porque no niega que Taylor utilice definiciones y descripciones de su método y objetivos (estos los cualitativamente determinantes), sino que la adecuada aplicación de sus métodos conduce a la obtención de una nueva realidad laboral, una modificación de la antropología y la ecología industrial, una nueva Weltanschauung que no tiene precedentes en la historia del trabajo bajo el capitalismo, ya que por primera vez el obrero es un ser heterónomo como jamás lo había sido previamente bajo el régimen del salariado, y además el sistema es presentado como favorable a las dos clases enfrentadas en las relaciones de producción, un verdadero giro copernicano que pretende cooptar y subordinar definitivamente a la clase explotada.58

Si bien el interés del capitalista es la de subordinar y dominar sin resquicios de autonomía a la fuerza de trabajo empleada, y a la consecución de ello se dirigen las propuestas de Taylor, esa potencialidad de su método para conseguir ese objetivo es radicalmente diferente de los métodos utilizados previamente por los patronos, va que interviene no en el comportamiento preexistente del obrero, sino que genera un nuevo comportamiento que es heterónomo, que es ajeno a su voluntad y capacidad de deliberación. Esto no sucedía con las multas, los controles horarios, los ritmos de trabajo estimulados por el destajo, los obreros podían oponerse y neutralizar o al menos reducir el impacto de esos procedimientos mediante el acuerdo entre los trabajadores pertenecientes a un mismo equipo de trabajo. El taylorismo liquidaba las condiciones que permitían esos acuerdos entre trabajadores ya que la descualificación que produce es una especie de "deseducación" donde el trabajador pierde todas las destrezas y se le impiden todas las iniciativas que previamente podía controlar y transmitir a trabajadores más jóvenes. Por lo tanto, es incompatible con la realización de la democracia industrial que es una de las condiciones de posibilidad de la transición del capitalismo al socialismo.

Si consideramos la opción de Lenin por el taylorismo como una medida de excepción para ser aplicada en una primera fase del proceso revolucionario definida como capitalismo de Estado, con la finalidad de superar las enormes carencias materiales y subvenir las necesidades esenciales de la población, tal como plantean algunos autores y no como una opción tecnológica para aplicar en la fase socialista, la decisión es comprensible dada la enorme urgencia que provocaba la coyuntura de postguerra y guerra civil, aunque la promoción de los métodos tayloristas se va prolongar durante la NEP y más allá.<sup>59</sup> En todo caso me inclino por quienes consideran que Lenin apoyaba la aplicación del taylorismo de forma transitoria, hasta alcanzar un nivel de productividad adecuado, del mismo modo que planteó la implantación de la NEP como medida transitoria para recuperar la alianza obrero-campesina deteriorada por la guerra civil y la práctica del comunismo de guerra. Una muestra más de la inteligencia táctica y la capacidad de Lenin de reconocer los obstáculos coyunturales y las opciones para superarlo.

Sin embargo, el hecho de que fuera planteada como medida inmediata o a más largo plazo no elimina la sospecha sobre la pervivencia –en Lenin y también en quienes dentro del PCr(b) daban apoyo al taylorismo– de la concepción, ya manifiesta en los medios de la II Internacional sobre la neutralidad de la tecnología así como la ausencia de factores políticos, de relaciones de poder y de formación de culturas heterónomas en el seno de los procesos de producción, soslayando la necesidad de reivindicar también la democracia obrera en el ámbito de trabajo recuperando no solo el control colectivo del proceso de trabajo, sino los objetivos y métodos de trabajo sin supervisores externos. Como plantea Samir Amin, la transición al socialismo no solo debe substanciar las necesidades inmediatas de

la población sino también y al mismo tiempo que aborda esas tareas debe afrontar "la construcción de una sociedad liberada de la alienación economicista (y agrego, por más apelación a su carácter "científico" tengan los métodos que soportan a ese economicismo), que reduce al ser humano a una fuerza de trabajo –despojada de humanidad– y a la naturaleza como un objeto inagotable de la explotación humana". 60 Reconozco que es un dilema de difícil solución, pero su dificultad no exime de su abordaje. Paradójicamente los bolcheviques, que pretendían conseguir la emancipación de la especie humana, no penetraron en el ámbito donde el ultimo capitalismo había logrado gracias a Taylor y sus seguidores imponer una heteronomía y una sumisión de los explotados que parecía definitiva: el momento del trabajo, el momento de la producción.

Creo que el análisis de la experiencia de la revolución rusa en el ámbito aquí tratado nos señala dónde pueden haber surgido algunos de los bloqueos del esperanzador proyecto emancipador iniciado en 1917. El análisis de las relaciones de producción en el capitalismo continúa siendo fundamental para cualquier proyecto que pretenda superarlo, y no solo por razones económicas, sino, como he intentado mostrar a lo largo de este texto por razones políticas. Como Marx ya había señalado, en los Manuscritos de 1844, la realización de la plusvalía está inextricablemente vinculada a la enajenación del trabajador -su deshumanización- así como a la dominación (y por lo tanto el carácter no solo económico sino también político de la producción capitalista) del obrero por el empresario, una relación de producción absolutamente heterónoma. Por lo tanto, también debe volverse al ámbito de la producción, de la organización y gestión del trabajo para analizar a los procesos históricos que pretenden superar el capitalismo. Por eso creo que es un error considerar el socialismo como una cuestión de modificar las pautas de distribución, y que la explotación reside en el consumo, cuyas diferencias evidentemente también se manifiestan según las clases sociales. Las técnicas y los objetivos de producción de la empresa capitalista -objetivos

de producción que a su vez determina la elección de técnicas de producción y de formas de subordinación del trabajo -la subordinación del trabajo al capital y la sumisión del obrero al empresario se dan en el trabajo a destajo, en el taylorismo y en el fordismo, pero cada método o técnica productiva responde a diferentes objetivos que coinciden en la búsqueda de la realización del beneficio capitalista, un caso concreto es cuando el empresario decide priorizar la realización del beneficio -u optar por un mayor beneficio- en lugar de adoptar técnicas de producción que se centren en la protección de la salud de los trabajadores (por ejemplo la falta de medidas de seguridad en la construcción durante la burbuja inmobiliaria previa al estallido de la crisis, porque se abarataban costes y se aumentaban beneficios, o en la utilización de materiales peligrosos o la intensificación de los ritmos de producción, sin tener en cuenta los efectos deletéreos de estos sobre la salud de los trabajadores- o la decisión de producir bienes y servicios que satisfacen el ciclo consumista, en lugar de los que responden a necesidades sociales mayoritarias (con el agregado de que no tienen en cuenta los efectos sobre el medio ambiente) son propios del sistema de producción capitalista.

No se trata, como pensaban los teóricos de la Segunda Internacional, de que el socialismo era la supresión de la propiedad privada de los medios de producción y punto, manteniendo las pautas y objetivos de producción del capitalismo. Hoy en día lo vemos aún más claro al comprobar los efectos depredadores y destructores del medio ambiente, así como generadores del cambio climático a los que conduce el modo de producción capitalista. En una sociedad igualitaria y libertaria, los objetivos de producción, así como la forma en que se produce, deberán ser radicalmente diferentes, entre otras cosas porque la democracia también habrá entrado en los talleres y centros de producción.

## Notas

1. Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, vol. 6 (México; Puebla, México: Era ; BUAP, 1999), 81.

2. William H. Sewell, Trabajo y revolución en Francia: el lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848 (Madrid: Taurus, 1992); David Montgomery, The fall of the house of labor: the workplace, the state, and American labor activism, 1865-1925 (Cambridge [Cambridgeshire]; New York; Paris: Cambridge University Press; Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1987).

3. También pueden comprobarse aseveraciones similares en otros representantes industriales de la época como estas de Samuel S. Marquis, director del Ford Motor Company Sociological Department entre 1917 y 1921: "La idea de Ford es la de incrementar la capacidad de cada hombre para ser feliz y al mismo tiempo incrementar su eficiencia, su nivel de ingresos, su valor social, de tal modo que pueda tener acceso a lo que ha sido enseñado a disfrutar" http://englishwww.humnet.ucla.edu/individuals/eng188/wagner/Banta.html

4. Frederick Winslow Taylor, Management Científico, Barcelona, Oikos Tau, 1970, pp. 23-27. La eliminación del soldiering como objetivo prioritario aparece también en su testimonio frente a la Comisión especial del Congreso, incluso teniendo en cuenta que su presidente era un destacado sindicalista de la minería, "Taylor's Famous Testimony Before the Special House Committee", Bulletin of the Taylor Society, Vol. IX, June – August, 1926, pp. 96-102 (era una reimpresión del documento público Hearings Before Social Committee of the House of Representatives to Investigate the Taylor and Other Systems of Shop Management Under the Authority of Hon. Res. 90; Vol. III, pp. 1377-1508, que comenzaron el 25 de enero de 1912).

5. Significa tarea o cantidad de trabajo que puede realizar cada uno en su horno, pero también carga laboral o cantidad de trabajo por pedido. Esos acuerdos además eran defendidos como una condición de dignidad personal.

6. David Montgomery, The fall of the house of labor. The workplace, the state, and American labor activism, 1865-1925, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 16-19.

7. Frederick Winslow Taylor, Management Científico, op. cit., pp. 33-36.

8. Benjamín Coriat, El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa, Madrid, Siglo XXI, 1982 81ª edición en francés, 1979), pp. 23-24.

9. Royden Harrison and Jonathan Zeitlin, *Divisions of Labour. Skilled Workers and Technological Change in Nineteenth Century England*, Sussex-Urbana-Chicago, The Harvester Press-University of Illinois Press, 1985.

10. David Montgomery, *El control obrero en Estados Unidos*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985 (1ª edición en inglés 1979), pp. 25-26.

- 11. "Taylor's Famous Testimony Before the Special House Committee", op. cit., p. 97. 12. F.W. Taylor, *The Principles of Scientific Management*, New York, Norton Library, 1967 (es una reimpresión de la edición original de 1911), p. 28; ver también pp.12-13, en las que atribuye a los obreros esa incapacidad intelectual insuperable.
- 13. Es una actitud tan generalizada que puede verse hasta en los teóricos críticos del capitalismo como los que militaban en la socialdemocracia. Para una crítica de ellos, y especialmente Kautsky, ver Karl Korsch, *La concepción materialista de la historia y otros ensayos*, Barcelona, Ariel, 1980.
- 14. Ver por ejemplo cuando afirma que "Solo hay una forma correcta para introducir la pala en el material amontonado, y muchas formas erróneas", "Taylor's Famous Testimony Before the Special House Committee", op. cit., p. 115.
- 15. "Taylor's Famous Testimony Before the Special House Committee", op. cit., p. 99. 16. Michael K. Green, "A Kantian Evaluation of Taylorism in the Workplace", Journal of Business Ethics, 5, 2, 1986, pp. 167-168.
- 17. En los cuatro principios fundamentales Taylor resume los objetivos de la Organización Científica del Trabajo que consisten en que la dirección de la empresa descompone cada proceso de trabajo en movimientos simples a los que deben adaptarse los trabajadores, hasta el punto que aquellos que se muestren incapaces de hacerlo deben ser eliminados de ese proceso de trabajo, mientras que se perfeccionan y estandarizan las herramientas adecuadas, no a las necesidades y posibilidades de los trabajadores sino a esas tareas cuyo diseño es ajeno a quienes deben realizarlas, y a las que deben someterse. Ello se complementa con la advocación por una total entrega recíproca entre dirección y empleados para alcanzar un objetivo de prosperidad común, en un tono que evoca lo que en otras latitudes sería denominado como "Comunidad de trabajo o empresa", "Werksgemeinschaft" o "Betriebsgemeinschaft", The *Principles of Scientific Management*, op. cit., pp. 17 y 21-22. Ver también, Charles S. Maier, "Between Taylorism and Technocracy: European Ideologies and the Vision of Industrial Productivity in the 1920s", *Journal of Contemporary History* 5, n.o 2 (1970): 47-48.
- 18. Como "descubrimiento" mediante la observación y medición, de las operaciones más adecuadas en el torneado describió los primeros "estudios de tiempos y movimientos" que realizó con obreros torneros en la Midvale Steel Company, en la década de 1880, "Taylor's Famous Testimony Before the Special House Committee", *op.cit.*, pp. 124-125.
- 19. "Taylor's Famous Testimony Before the Special House Committee", op.cit., pp. 103-104. Es en este aspecto concreto en el que Ch. Maier ve una similitud con las propuestas del fascismo, aunque difieren en quienes debían ocupar el liderazgo en la nueva sociedad tecnocrática, ya que para el fascismo debían ser los combatientes, la "generación del frente" en lugar de los ingenieros, "Between Taylorism and Technocracy", op. cir., pp. 43-44.

- 20. Ver "Taylor's Famous Testimony Before the Special House Committee", op.cit., p. 110 cuando afirma delante de la comisión que el desarrollo de la ciencia consiste, en primer término "...reunir por los miembros de la dirección de la empresa de todo el conocimiento que en el pasado había sido almacenado en las cabezas de los trabajadores".
- 21. "Taylor's Famous Testimony Before the Special House Committee", op.cit., p. 125.
- 22. El PSDOR bolchevique pasó a denominarse como Partido Comunista ruso (Bolchevique) PCr(b) a partir de su Séptimo Congreso en marzo de 1918, una propuesta que ya había hecho Lenin en las *Tesis de Abril*, Edward Hallett Carr, *La revolución Bolchevique* (1917-1923). *Vol.* 1, (Madrid: Alianza, 1973), 207.
- 23. Vladimir Ilich Lenin, Obras completas. Tomo 19, Tomo 19, (Madrid: Akal: Ayuso, 1977), 195.
- 24. Vladimir Ilich Lenin, Obras completas. Tomo 21, Tomo 21, (Madrid: Akal: Ayuso, 1977), 53.
- 25. Como muestra de cuan próxima veían Lenin y sus compañeros la expansión de la revolución, especialmente en Alemania, este documento: Escrito de Lenin a Trotski y al Secretario General del PC de Rusia, Jakov Sverdlov, sobre la revolución de Noviembre [Moscú], 1/10/1918: La revolución internacional se ha acercado tanto en el término de una semana que debemos considerarla como un acontecimiento de los próximos días. Ningún pacto ni con el gobierno del Káiser ni con él más Ebert y otros canallas. Para las masas obreras alemanas, los millones de trabajadores alemanes, que ahora con su ingenio se sublevan (por ahora solo con su ingenio), comenzamos a preparar solidaridad, alimentos y ayuda militar. Haremos los máximos esfuerzos para ayudar a los trabajadores alemanes en el avance de la revolución que comenzó en Alemania. Conclusiones: 1] Decuplicar los esfuerzos para el suministro de grano 2) decuplicar la Información militar. Hacia la primavera debemos poner en pie un ejército de 3 millones de hombres para apoyar la revolución obrera internacional. Esta resolución debe transmitirse el miércoles por telégrafo a todo el mundo (y por teléfono solo confirmar: de acuerdo)", en Hermann Weber, Jakov Drabkin, y Bernhard H. Bayerlein, II Deutschland, Russland, Komintern - Dokumente (1918-1943), Nach der Archivrevolution: Neuerschlossene Quellen zu der Geschichte der KPD und den deutsch-russischen Beziehungen (Berlin, Boston: De Gruyter, 2014), https://doi. org/10.1515/9783110339789.
- 26. Las tareas inmediatas del poder soviético, escrito entre el 13 y el 26 de abril de 1918 y publicado el 28 de abril de 1918 en el núm. 83 de *Pravda* y en el suplemento del núm. 85 de "Izvestia del CEC de toda Rusia". V. I. Lenin, *Obras, Tomo VIII (1918)* (Moscú: Progreso, 1973), 46.
- 27. Edward Hallett Carr, *Historia de la Rusia Soviética: La revolución Bolchevique* (1917-1923). 2, 2, (Madrid: Alianza, 1987), 83.

- 28. Carr, 378.
- 29. Infantilismo "de izquierda" y la mentalidad pequeñoburguesa, Vladimir Lenin, Obras completas. (T.29) (Ediciones Akal, 1978), 93.
- 30. Dziga Vertov (1896-1954), cineasta vanguardista soviético, director del grupo Kinoki (Cine-Ojo), que revolucionó especialmente el cine documental, Jonathan Dawson, *Dziga Vertov*, *Senses of Cinema* (blog), 21 de marzo de 2003, http://sensesofcinema.com/2003/great-directors/vertov/, consultado el 29/12/2017.
- 31. Robert Linhart, Lénine, les Paysans, Taylor (Le Seuil, 2016), 131 y 133.
- 32. Infantilismo "de izquierda" y la mentalidad pequeñoburguesa, Lenin, Obras completas. (T.29), 93.
- 33. Linhart, Lénine, les Paysans, Taylor, 111-13; Roberto Finzi, Lenin, Taylor, Stajanov: el debate sobre la eficiencia económica después de Octubre, E. J Hobsbawm, Historia del marxismo. 8, La época de la IIIa. internacional: (2) (Barcelona: Bruguera, 1983), 297.
- 34. Carlos Taibo, *Anarquismo y revolución en Rusia.1917-1921*, Edición: 1 (Madrid: Los Libros De La Catarata, 2017), 114-15.
- 35. Carr, Historia de la Rusia Soviética, 68-69.
- 36. Ver ¿Podrán los bolcheviques retener el poder? y Proyecto de reglamento sobre el control obrero, en V. I. Lenin, Obras completas. (T.27) (Ediciones Akal, 1978), 215-216 y 371.
- 37. Maurice Brinton, Los bolcheviques y el control obrero, 1917-1921, Edición: Primera (Ruedo Ibérico, 1972), 41.
- 38. Antonio Gramsci, Consejos de fábrica y Estado de la clase obrera (México, D. F.: Ediciones Roca, 1973), 37.
- 39. Gramsci, ob. cit. 35-41 y 113-118.
- 40. Gramsci, ob. cit. 112.
- 41. Taibo, Anarquismo y revolución en Rusia.1917-1921, esp. 118-119; Brinton, Los bolcheviques y el control obrero, 1917-1921; Jacques Sapir, La guerre civile et l'économie de guerre: Origines du système soviétique, Cahiers du Monde Russe, 1997, 9-28.
- 42. E. H. Carr, *Historia de la Rusia Soviética*, 100-102; El grupo de oposición interna del PCr(b) denominado "comunistas de izquierda" se constituyó entre febrero y marzo de 1918, en rechazo de la firma del Tratado de Brest-Litovsk, defendían continuar la guerra como "guerra revolucionaria" y proponían, con ese fin, una leva masiva, ver Linhart, *Lénine, les Paysans, Taylor*, 121.
- 43. Lenin escribía en septiembre de 1917, en *La catástrofe que nos amenaza y el modo de conjurarla*, que: "En el fondo, todo el problema del control se reduce a saber quién fiscaliza a quién, es decir, qué clase es la fiscalizadora y cuál la fiscalizada", cit. por Charles Bettelheim, *Las Luchas de clases en la URSS: primer período, 1917-1923*, Madrid: Siglo XXI, 1976, 425.
- 44. Citado por Jukka Gronow, On the Formation of Marxism: Karl Kautsky's Theory of Capitalism, the Marxism of the Second International and Karl Marx's Critique of Political

- Economy (Brill, 2016), 30, http://www.jstor.org/stable/10.1163/j.ctt1w8h23p.
- 45. Bettelheim, ob. cit., p. 433; Para Samir Amin nunca hubo una ruptura radical con el economicismo de la IIª Internacional, Samir Amin, Octubre 1917, Barcelona: El Viejo Topo, 2017, 30-31; S. A. Smith, Russia in Revolution: An Empire in Crisis, 1890 to 1928 (S.l.: OUP Oxford, 2018), 273-74 Este autor habla de la existencia de una corriente productivista dentro del PCr(b) que sostenía la neutralidad de la tecnología.
- 46. Bettelheim, Las Luchas de clases en la URSS, pp. 426-29.
- 47. Intervención en la reunión del presidium del CSEN, en Lenin, Obras completas. (T.29), p. 9.
- 48. Las tareas inmediatas del poder soviético, en Vladimir Ilich Lenin, Obras completas. Tomo 28 (Madrid: Akal: Ayuso, 1976), pp. 421-22.
- 49. Seis Tesis sobre las Tareas Inmediatas del Poder Soviético, en Lenin, Obras completas. (T.29), 73.
- 50. Carr, Historia de la Rusia Soviética, pp. 412-13; Linhart, Lénine, les Paysans, Taylor, pp. 118-20.
- 51. Palabras finales del informe sobre las tareas inmediatas del poder soviético, Lenin, Obras completas. (T.29), pp. 65-66.
- 52. Linhart, Lénine, les Paysans, Taylor, pp. 140-44.
- 53. Carr, Historia de la Rusia Soviética, p. 205.
- 54. Zenovia A. Sochor, "Sóviet Taylorism Revisited", Sóviet Studies 33, nº 2 (1981): pp.258-59.
- 55. Harry Braverman, Labor and Monopoly Capitalism: The Degradation of Work in the Twentieth Century. (New York; London: Monthly Review, 1999).
- 56. A. Merrheim: "L'ouvrier doit devenir, il est devenu un automate reglé sur les mouvements de la machine [...] Sa personalité et son initiative doivent disparaître", cit. por Roberto Finzi, Lenin, Taylor, Stajanov: el debate sobre la eficiencia económica después de Octubre, en Hobsbawm, Historia del marxismo. 8, La época de la IIIa. internacional, 287, n. 38.
- 57. Agradezco a Joan Tafalla la sugerencia de que, mediante su análisis del americanismo, Gramsci pretende demostrar que se trata de otro proceso de revolución pasiva.
- 58. Antonio Gramsci, Americanismo y fordismo, Cuaderno 22 (1934), Cuadernos de la cárcel, vol. 6 (México; Puebla, México: Era; BUAP, 1999), 61-82.
- 59. Victor G. Devinatz, "Lenin as Scientific Manager Under Monopoly Capitalism, State Capitalism, and Socialism: A Response to Scoville", *Industrial Relations: A Journal of Economy and Society* 42, n° 3 (1 de julio de 2003): 513-20; cfr. James G. Scoville, *The Taylorization of Vladimir Ilich Lenin, Industrial Relations: A Journal of Economy and Society* 40, no 4 (1 de octubre de 2001): 620-26.
- 60. Samir Amin, Octubre 1917, (Barcelona: El Viejo Topo, 2017), 31.